

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año VII

San Salvador, Centro América — Octubre de 1952

Número
66

ORIENTACION

Un Anticomunismo que honra y que obliga

Con la Iglesia, anticomunistas por amor al pueblo

UN DILEMA ATENAZADOR.

La fermentación comunista en la Universidad de El Salvador, ha creado un clima delicado para no pocos estudiantes católicos.

En esas circunstancias, actividades como la de dar su voto para nombrar delegados, los colocan en un terrible dilema práctico —o con los comunistas o con los capitalistas—, que automáticamente les convierte toda actitud anticomunista en un espectro ignominioso y hasta comprometedor del porvenir profesional....

Es claro que tan angustiosa conclusión supone una lamentable identificación del capitalismo liberal con el anticomunismo de la Iglesia....

Y sin embargo, la Iglesia propugna un anticomunismo totalmente independiente y glorioso, porque salva plenamente la esencia de la verdadera democracia. Nadie, en efecto, como ella, se ha declarado tan decidida y enérgicamente enemiga acérrima del Comunismo; pero nadie, tampoco, como ella, ha perseguido nunca tan sinceramente el bienestar del pueblo.

¿Cuál es el fundamento de ese anticomunismo tan paradójico, que es simultáneamente anticapitalismo? La respuesta es sencilla: el eje VERDAD, JUSTICIA Y CARIDAD cristiana, que Pío XII ha explicado magistralmente con estas palabras: "El problema social de la Iglesia católica está basado sobre tres poderosos fundamentos morales: la verdad, la justicia y la caridad cristiana. Prescindir, aunque fuera levemente, de las exigencias de estos principios sería imposible para la Iglesia, aun cuando por ello debiera renunciar a los éxitos momentáneos propagandísticos y desilusionar el fervor de la lucha, ya de una parte, ya de otra. La Iglesia ha estado siempre a favor de aquellos que buscan el derecho y que tienen necesidad de ayuda, pero por principio jamás se ha situado contra ningún grupo o clase social, sino que mira al bien común de todos los miembros del pueblo y del Estado." (Radiomensaje a la Alemania Católica, 4-IX-49)".

....NOS VEDA ENERGICAMENTE EL COMUNISMO....

Tan valientes palabras encontraban eco en hechos recientes. Se referían, sin duda, al gesto enérgico de Roma, que, con la publicación del Decreto del Santo Oficio del 1 de julio de 1949, había desencadenado una ola de rabiosa impopularidad.

Bien claro habían resonado entonces por todos los ámbitos del mundo las tajantes decisiones de aquella Sagrada Congregación Romana: no es lícito "inscribirse en partidos comunistas o prestarles apoyo", "publicar, difundir o leer libros, periódicos, diarios u hojas volantes que cuestionan la doctrina o las prácticas del comunismo o colaborar en ellos con sus escritos"; e incurrir, ipso facto, en la excomunión reservada de modo especial a la Santa Sede, en la que cae todo apóstata de la fe, los fieles que no contentos con lo anterior, "profesan la doctrina del comunismo materialista y anticristiano y, sobre todo, aquellos que la difunden o se hacen propagandistas de ella".

Y para cerrar toda escapatoria, añadía el decreto: "El comunismo, en efecto, es materialista y anticristiano; así, los dirigentes del comunismo, aunque con palabras declaren a veces no combatir a la religión, sin embargo, de hecho, con la teoría y la acción se muestran hostiles a Dios, a la religión verdadera y a la Iglesia de Cristo".

Y todavía, en un decreto explicativo dado el 11 de agosto siguiente, llegaba hasta a exigir a los comunistas "doctrinarios" que quisieran contraer matrimonio con católicos, las mismas garantías y los mismos requisitos que, según los cánones 1061, 1102 y 1109, párrafo 3, se deben exigir a los que tienen impedimento de mixta religión o de disparidad de cultos; y a los simples afiliados al Partido, les pedía, por lo menos, las propias de los simples apóstatas de la fe y de los inscritos en sectas condenadas por la Iglesia, como la masonería.

El hecho, pues, es claro: la Iglesia no ha tenido nunca el más mínimo reparo en oponerse al Comunismo. La razón también lo es: no podía

menos de tratarlo así, porque el Comunismo es una triple negación francamente nociva al bienestar temporal y eterno de todos los ciudadanos, sin excepción, ya que niega la verdad revelada, la justicia y la caridad.

....QUE NO PUEDE DEJAR DE NEGAR A DIOS....

Es innegable que el Comunismo niega a Dios de hecho y de derecho. Y en eso radica su carácter pernicioso, que lo hace "intrínsecamente" malo: es ateo porque no se puede sustentar más que con el ateísmo.

Desde el momento en que aceptara nuestra verdad religiosa, o dejaría de existir, o se convertiría en un monstruo moral, que por un lado acataría la obligación del séptimo mandamiento y de otros preceptos, y por otro los conculcaría a ciencia y conciencia....

Es más, su base tiene que ser necesariamente el ateísmo marxista-leninista.... De ahí la violenta reacción del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S. en 1931, contra los conatos "heterodoxos" de algunos filósofos bolcheviques (Deborin, Karev, Sten y otros), quienes pretendían fundar el movimiento sobre un burdo materialismo "mecanicista". En su resolución dada el 25 de enero del mismo año, fulminaba el siguiente decreto: "La revista (Pod znamenem marksizma) debe elaborar la teoría de la dialéctica materialista, los problemas del materialismo histórico, en estrecha conexión con la práctica de la construcción del socialismo en la revolución mundial".

Y la razón es muy sencilla. Su objetivo revolucionario exige, además del empuje de una conciencia libre de escrúpulos morales, el fundamento ideológico de una filosofía que naturalmente aboque a la revolución. Ahora bien, esos dos elementos juntos no se pueden encontrar sino en la dialéctica materialista descubierta por Feuerbach, desarrollada por Marx y Engels, y adaptada a la revolución rusa por Lenin.

Porque según esa concepción materialista de la historia, Dios no es el Creador de la humanidad, sino el producto —por vía de proyección exterior— de la misma. A diferencia del proceso dialéctico hegeliano, aquí no es el "Absoluto", sino la misma humanidad, la que está en una incesante evolución. Ese Dios, pues, no es temible, porque no es Legislador....

Por otra parte, la evolución de la historia —según ellos— obedece únicamente a las condiciones económicas, si bien éstas, como enseña Lenin, pueden y deben ser estimuladas y dirigidas por la voluntad del hombre mediante la filosofía. Pero, ¿qué otra filosofía tendrá ese poder orientador de la economía hacia la revolución? A priori se deduce que no la hay, ya que Marx y Lenin tuvieron que acomodar la suya a ese fin, valiéndose de un postulado gnoseológico no menos arbitrario que básico: que el conocimiento teórico de la verdad no puede ser alcanzado sino por el filósofo que se ponga en contacto con la "masa", o que —en expresión leninista— se ponga en el punto de vista de la clase proletaria y de su partido. ¡Caso único de una filosofía esencialmente partidista y parcial, que le cierra toda otra puerta al miembro de un partido! Dentro del Co-

munismo, pues, no se puede seguir otra escuela, antes SE DEBE, con necesidad de medio, adoptar las ideas marxistas, que son esencialmente ateas.

En tales circunstancias, la lucha contra Dios se convierte en una exigencia vital para los comunistas. "No se puede ser a la vez leninista y creyente", declaraba ya Karoslawsky, presidente de la Comisión de Control del Partido Comunista y redactor principal del semanario BEZBOJ-NIK (el Sin Dios), allá por el año de 1930, y añadía: "es incompatible con el marxismo el separar política y propaganda antirreligiosa".

La misma filosofía que los lleva a la dictadura del proletariado, los impulsa a la campaña de ateísmo, que en su apreciación no es impía, sino santa, ya que ellos no consideran a Dios como a un ser perfectísimo y amabilísimo, sino como a un enemigo de la humanidad. Ellos persiguen al "fantasma repugnante de Dios, que ha causado un mal tan diabólico a la Humanidad entera en el curso de la Historia", como lo declaró en 1925 el entonces Ministro de Instrucción, Lunacharsky. Verdaderamente, una mística tan poderosa no puede hallar otro fundamento ideológico fuera del leninismo....

....QUE ES INJUSTO....

Se puede decir que el Comunismo niega el derecho, ya que lo que él designa con ese nombre es algo relativo y arbitrario, que emana tiránicamente del Estado. "La sociedad crea un órgano para la defensa de sus intereses comunes contra los ataques internos y externos" —nos dice Engels en su obra: L. FEUERBACH, p. 100. Después, ese organismo se constituye en un poder independiente de la sociedad, y "produce súbitamente una nueva ideología", que es el Derecho, para valerse de ella como de un instrumento.

Como primera arbitrariedad de ese nuevo "Derecho", surge la negación rotunda de la propiedad privada y la exaltación de la nacionalización absoluta de todos los medios de producción, distribución y comercio.

Naturalmente que ese agravio a la justicia no puede ser aprobado por la Iglesia. Ella, que reprueba los abusos del capital, no puede desconocerle a éste sus derechos. Su doctrina social, fundada escrupulosamente en el Derecho Natural, armoniza coherentemente el bien del pueblo con el respeto más absoluto a la propiedad privada.

Es más, si bien admite categóricamente la doble función —social y particular— de la propiedad como un hecho realísimo, la Iglesia enseña, sin embargo, que en la mente divina la concesión de la propiedad privada se subordina precisamente al destino que ha sido asignado a los bienes de la tierra en provecho de la humanidad, y encuentra en esa subordinación su razón de ser. De ahí el derecho —y la obligación— que la Iglesia reconoce al Estado de coordinar y aun limitar los bienes particulares cuando el bien común así lo exige, no excluyendo, "en principio", si se cumplen las condiciones, la misma nacionalización de ciertas empresas.

Ya Pío XI, en la "Quadragesimo anno" (Nº 16), reconocía expresamente esa subordinación con estas palabras: "...el derecho de propiedad privada fué otorgado por.... el mismo Creador, a los hombres.... para que por medio de esta institución, los bienes que.... destinó a todo el género humano, sirvan en realidad para tal fin; todo lo cual no es posible lograr en modo alguno sin el mantenimiento de un orden cierto y determinado".

Y la razón con la que Pío XII, en su Discurso del 7-III-48 a los miembros del Congreso de Política de Intercambios Comerciales Internacionales, legitima la economía "dirigida", prueba lo mismo, ya que reglamentar las ganancias es limitar la propiedad privada.

Héla aquí: "Quien dice vida económica, dice vida social. La finalidad a la cual tiende por su misma naturaleza y a la que los individuos están igualmente obligados a servir en las diversas formas de su actividad, no es otra que poner al alcance de todos los miembros de la sociedad, de una manera estable, aquellas condiciones materiales de vida que son necesarias para el incremento de su vida cultural y espiritual. Así, pues, no se puede conseguir ningún resultado sin un orden exterior, sin normas sociales que tiendan a la consecución duradera de este fin".

Por eso, avanzando por la misma línea, se alza frente al Estatismo Comunista, clara y nítida, sensata y comedida, la doctrina de la Iglesia sobre la nacionalización: "No es cosa dudosa que la Iglesia también, dentro de ciertos límites justos, admite la estatificación y juzga **"QUE SE PUEDEN LEGITIMAMENTE RESERVAR A LOS PODERES PUBLICOS CIERTAS CATEGORIAS DE BIENES, AQUELLOS QUE PRESENTAN TANTA POTENCIA QUE NO SE PODRIA, SIN PONER EN PELIGRO EL BIEN COMUN, ABANDONARLOS EN MANOS DE PARTICULARES"**, (Encíclica "Quadragesimo anno", A. A. S., vol. 23, 1931, página 214). Pero hacer de esta estatificación una regla normal de la organización pública de la economía, sería trastornar el orden de las cosas". (Pío XII, Discurso a los Congresistas de la "Unión Internacional de Asociaciones Patronales Católicas", 7-V-49).

LO CONFIRMA LA "MARCHA ATRAS" DEL LABORISMO.

La verdad de estas palabras de Pío XII salta a la vista hoy más que nunca ante la sensacional "marcha atrás" del Partido Laborista Inglés, que nos ha tocado presenciar en estos últimos meses. Un líder laborista de lo más relevante del partido, refiriéndose a la fórmula mágica de la nacionalización de todos los medios de producción, de distribución y de intercambio preconizada por ellos como la panacea universal al subir al poder, le confesaba hace poco a Douglas Hyde —aquel comunista convertido al catolicismo en 1948, que pasó de Director del "Daily Worker", de Londres, a ser Director del "Catholic Herald", de la misma ciudad— lo que es voz común entre sus colegas de partido: "Pero lo malo es que nosotros hemos estado seis años y medio en el poder desde entonces, y hemos podido cons-

tatar que la nacionalización de los medios de producción, de distribución y de cambio no es la respuesta mágica para todos los problemas, como lo habíamos pensado".—(América, 2-VIII-52).

Lo mismo se ve confirmado en un folleto publicado por la "Unión Socialista" bajo el título de "SOCIALISMO: UNA NUEVA DECLARACION DE PRINCIPIOS", y aplaudido por miembros prominentes del partido, como Herbert Morrison, Morgan Phillips y Clemente Attlee. En él se puede leer lo que sigue: "La opinión pública se inclinó a concebir el socialismo demasiado exclusivamente en términos de nacionalización, como si ésta, de por sí, fuera suficiente para introducirnos hasta la felicidad. . . . Ha resultado claro que el mero hecho de la nacionalización no cambia automáticamente las relaciones industriales y sociales en el sentido en el que nosotros hubiéramos deseado. . . ."

Y esta retractación es tanto mayor argumento a favor de la doctrina de la Iglesia, cuanto que se trata de un partido que sinceramente —con esa honradez británica— buscaba el bien popular, y que hoy en día no sólo rechaza de plano la nacionalización absoluta como inepta para el fin que se pretende, sino que se inclina cada vez más a la solución católica de la coparticipación de obreros y patronos en un régimen de sociedad. Un líder laborista le decía a Mr. Hyde: "Vuestra gente tiene experiencia de esto, ¿cuándo nos ayudará?".

La intención sinceramente popular de la Iglesia, al perseguir al Comunismo, queda, pues, patente, no sólo por vía de razón, sino por la fuerza misma de los hechos. Por lo mismo, la actitud obstinadamente socializante que aún ahora mantiene la facción bevanista dentro del partido laborista, prueba bien a las claras que el Comunismo no busca el bien del proletariado.

LA IGLESIA NO MATA, SINO QUE ENCAUZA LOS ANHELOS SOCIALES

Con esos hechos, creemos que no hace falta traer la lista de obras de los sociólogos teóricos y prácticos que en todos los países vienen laborando sin descanso en proporcionar soluciones "positivas" y "justas" a los múltiples problemas que se presentan a diario.

La Santa Sede, por su parte, en incesante actividad de encíclicas, cartas y discursos, no deja de estimular a los cristianos a la justicia social, precisamente en virtud de su catolicismo: "Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta "aislacionismo" cuando es testigo de las necesidades y de las miserias de sus hermanos" (Radiomensaje de Navidad, de 1948).

Nos espolea de continuo a una carrera vertiginosa en el terreno social. Sólo nos señala un cauce, constituido por un doble deber:

"Inquebrantable fidelidad al patrimonio de verdades que el Redentor ha traído al mundo" y "cumplimiento a conciencia del precepto de la justicia y del amor" (del mismo radiomensaje).